

¿Crisis del atlantismo y del orden liberal internacional?

Alberto Hutschenreuter

Introducción

En las siguientes páginas se aborda la crisis del atlantismo y del orden liberal internacional, reflexionando hechos desde un marco teórico sustentado en el realismo, es decir, la corriente de pensamiento que considera precisamente los hechos, como asimismo los Estados, el poder, los intereses nacionales, las capacidades estratégica-militares, etc.

Desde este lugar, se considera en principio la crisis entre Occidente y Rusia reflexionando la cuestión desde los procesos y la geopolítica. En segundo lugar, se destacan los niveles de crisis que tienen lugar hoy en las relaciones internacionales; y finalmente se consideran las posibilidades de un orden o nueva configuración que pueda superar lo que han sido las relaciones internacionales (sobre todo desde el final de la Segunda Guerra Mundial) hasta el presente.

La crisis entre Occidente y Rusia

Los acontecimientos que tienen lugar en el mundo desafortunadamente son por demás concluyentes en relación con el interrogante que se plantea en el título de este trabajo. Más aún, tales acontecimientos ensanchan la crisis más allá del espacio atlanto-occidental y del mismo orden liberal internacional configurado a partir de 1945.

Acaso habría que preguntarse si la crisis en el mundo, o de una parte del mundo, obedece a la crisis del atlantismo, o si la crisis del atlantismo obedece a la crisis en las relaciones internacionales.

En principio, hay que decir que si no consideramos la crisis actual en clave de proceso, es decir, de hechos que vienen teniendo lugar no desde años recientes sino desde el mismo final del régimen de la Guerra Fría, corremos el riesgo de plantear respuestas parciales o

incompletas, e incluso correr el riesgo de plantear responsabilidades político-estratégicas desacertadas.

Antes de continuar en esta línea, es pertinente destacar que cuando hablamos de crisis del atlantismo debemos considerar que hacia dentro del atlantismo hay al menos dos situaciones de crisis: por un lado, la relativa con la OTAN o, para decirlo más apropiadamente, con la anomalía que implica la supervivencia de la Alianza en un mundo que cambió en relación con el mundo o régimen de la Guerra Fría. Por otro lado, la crisis de relaciones entre Estados Unidos y Europa, como consecuencia de la falta de Europa de un patrón geopolítico más autónomo; falta que la convierte en un actor anti-geopolítico, es decir, sigue guiones estratégicos que no siempre favorecen sus intereses, peor aún: la colocan en situaciones de creciente riesgo, por caso, ante Rusia.

En clave de proceso, la crisis actual entre el mundo atlanto-occidental y Rusia responde más a una crisis del atlantismo que a lo que podríamos denominar sentido ruso de “nerviosismo” y revisionismo geopolítico, considerando que ha sido, es y será tema de inquietud de este país (eminentemente terrestre) la cuestión del amparo de sus espacios y su profundidad estratégica.

La pregunta que debemos hacernos en relación con ello es la siguiente: terminada la Guerra Fría, ¿Occidente dejó de considerar a Rusia, el “Estado continuador” de la Unión Soviética, como una eventual y futura nueva amenaza?

A juzgar por las medidas adoptadas por Occidente, la respuesta es negativa: Occidente no dejó de considerar a Rusia como una amenaza, y una de las medidas más concluyentes en relación con ello ha sido la decisión de ampliar la OTAN, decisión que, en principio, fue vista favorablemente en función de la demanda de protección de los tres países centroeuropeos: Polonia, República Checa y Hungría. Pero no más allá de estos tres actores del centro de Europa. Entonces, nunca se habló sobre una eventual proyección de la OTAN más al este.

Esta política de poder que mantuvo Occidente aún terminada el ciclo bipolar prácticamente nunca se detuvo. Pero más allá de ello, el dato que debemos considerar en relación a la crisis del atlantismo desde el segmento político-estratégico-militar es la mantención de la OTAN, una anomalía en las relaciones internacionales. Consideremos más específicamente esta situación de anomalía internacional, no siempre vista así.

La preservación del instrumento político-militar occidental implicó una anomalía internacional, pues la experiencia prácticamente no registraba casos similares; por el contrario, ha sido una “regularidad” que las formaciones o alianzas interestatales con fines militares cesaran una vez que dejaba de existir la situación internacional para la que fueron impulsadas.

Por caso, hacia mediados del siglo XIX la alianza entre Francia, Gran Bretaña y Turquía se formó para frenar la proyección de Rusia y preservar el equilibrio en el sureste de Europa; pero, tras la Guerra de Crimea, la alianza no se propuso mantener políticas de poder que debilitaran a la derrotada Rusia. Las coaliciones surgidas en la segunda mitad de ese siglo, por ejemplo, la Liga de los Tres Emperadores de 1873 o la alianza franco-rusa de 1893 respondieron a diferentes situaciones (solidaridad monárquica en un caso, compromiso de ayuda mutua en caso de enfrentamiento militar con Alemania en otro), pero no fueron ligas “a perpetuidad”.

Existen otros casos que tal vez pueden considerarse más análogos en relación con la continuidad de la OTAN tras el fin del contexto o condición internacional que le dio origen: la Santa Alianza a partir de 1815 o el sistema francés de alianzas entre 1935 y 1939. Sin embargo, se trata de analogías muy relativas, pues, por ejemplo, a partir de 1818 la Cuádruple Alianza (uno de los tratados en los que se basaba la Santa Alianza) dejó de excluir al actor que había perturbado el orden europeo, la Francia de Napoleón, y la incluyó en su sistema de poder; en cuanto a las alianzas que llevó adelante Francia, ellas fueron el reflejo de una política que desde 1919 persiguió mantener postrada a Alemania para que no volviera a desafiar a Francia.

En breve, la teoría de cuño realista en las relaciones internacionales respecto de las alianzas político-militares nos dice que son formaciones que tienden a mantener el balance de poder o a restaurarlo, es decir, consideran que un reparto de poder equitativo entre Estados o alianza de Estados suministra relativa estabilidad.

En el caso de la OTAN, su continuidad después del desplome de la Unión Soviética como así sus “ondas” de expansión, primero al centro de Europa (Polonia, República Checa, Hungría), luego al noreste y sureste (Lituania, Letonia, Estonia, Eslovenia, Bulgaria, Eslovaquia, Rumania, Croacia, Albania) y, eventualmente, al “este del este” de Europa y más allá también (Ucrania, Georgia, etc.), no entrañaron la búsqueda o reposición de equilibrio alguno sino que se trató de una

estrategia o técnica de poder utilizada no ya para mantener a Rusia “fuera de Europa”, sino para fijarla a una condición de lateralidad e inferioridad en el sistema estratégico global y de vulnerabilidad en el plano regional y local.

Desde estos términos, que no solamente en Rusia son así considerados pues en una publicación en la revista “Foreign Affairs” el estadounidense John Mearsheimer (2014), por citar a un facultado experto insospechado de idealismo alguno, afirma que “La raíz principal del problema en Ucrania es la ampliación de la OTAN”, podemos concluir que la política de poder que sustentó Occidente a través de la Alianza Atlántica ha ido más allá de lo admisible, creando una comprometida situación para la propia estabilidad del orden interestatal.

La experiencia enseña que el estado de debilidad de un actor de condición preeminente para el orden interestatal no dura por siempre, sobre todo si esa condición se debe en buena medida a políticas deliberadas por parte de otro u otros actores. Durante los últimos quince años Rusia ha construido poder y, sin embargo, Occidente continuó desplegando políticas de poder con el fin de afectar sus capacidades, menospreciando lo que aporta la experiencia: el equilibrio como meta y “ganancia para todos”.

Por otra parte, las instancias que desde la misma OTAN fueron creadas para “incluir” a Rusia en el orden estratégico de pos-Guerra Fría, como el “Consejo Conjunto Permanente OTAN+Rusia”, la “Asociación para la Paz”, etc., no funcionaron como espacios de auténtica consulta Este-Oeste frente a crisis mayores, por ejemplo, la de Yugoslavia, sino que resultaron ocasionales ámbitos de consulta en los que las observaciones de Moscú recibieron una deferencia apenas formal.

En breve, ante la situación de tensión actual quizá resulte pertinente recordar que, según el ex embajador estadounidense en Moscú, Jack Matlock, en 1990 la entonces Unión Soviética no cuestionó que una Alemania unificada perteneciera a la OTAN (hecho que bien puede ser considerado la primera expansión de la Alianza), recibiendo a cambio de ello garantías (no escritas) de que la OTAN no ampliaría su jurisdicción hacia el Este “ni una sola pulgada”, según palabras del entonces secretario de Estado James Baker (Hammersen, 1998).

A principios de los años noventa el entonces primer ministro británico John Major afirmó que no existían condiciones entonces y en el futuro para que los países del Este ingresaran en la OTAN; por su parte, el

ministro de Relaciones Exteriores Douglas Hurd comunicó a su par soviético que la OTAN carecía de planes para incluir a dichos países en la organización (Schofield, 1997).

¿Por qué entonces la OTAN sucesivamente se amplió y hoy delimita con Rusia y ambiciona más? Básicamente, por razones de “prevención geopolítica”; es decir, antes de que una recobrada Rusia volviera a constituir una amenaza, Occidente debía lograr un posicionamiento territorialmente ventajoso que redujera al mínimo los alcances del “nuevo desafío”, que, efectivamente, no era considerado entonces inminente pero sí irremediable.

No es discutible la preservación de la OTAN más allá del desafío internacional para el que fue creada, siempre y cuando consideremos la extensión a los demandantes de seguridad centroeuropeos. La Alianza Atlántica proveía a Occidente de las capacidades suficientes para afrontar nuevos retos en el escenario de pos-Guerra Fría. Lo que no deja de ser objetable es que su continuidad post-centroeuropea obedeció casi únicamente a una percepción de enemigo venidero, una Rusia revanchista o ideológica. Ello hizo de la Alianza una anomalía en relación a la experiencia y un factor de inevitable desequilibrio internacional.

Un mundo atravesado por múltiples crisis

En cuanto a la crisis del orden liberal predominante desde el final de la Segunda Guerra Mundial, una de sus principales manifestaciones es la “pluralización” de crisis que existe, fenómeno que, en buena medida, obedece a la devaluación de uno de los elementos más importantes que mantenía aquel orden: lo que Díaz Matey (2011: 82) denomina “amortiguadores de conflictos” internacionales.

Hay crisis en el nivel o segmento de los Estados, hay crisis hacia dentro de los Estados. Es decir, utilizando los conceptos de Hedley Bull (2015: 55), hay crisis interestatales y hay crisis mundial. Pero también hay crisis del multilateralismo, hay desfundamiento de tratados clave de la seguridad internacional y hay cada vez menos confianza en las instituciones. En pocas palabras, los Estados consideran que no existen razones como considerar que se pueda disminuir la autoayuda, esto es, sus niveles de capacidades (principalmente militares-estratégicas) para proteger sus soberanías.

La situación es preocupante, al punto que algunos expertos como Sergei Karaganov (2009) están pidiendo la celebración de una conferencia internacional de escala que sienta las bases de un orden nuevo que proporcione estabilidad.

Consideremos a continuación más detalladamente la situación de crisis generalizada en los distintos niveles o segmentos de la política internacional.

La compleja situación por la que atraviesan las relaciones internacionales prácticamente ha despejado el campo de reflexiones o hipótesis en clave de esperanzas, es decir, consideraciones sobre cursos previsibles del orden internacional. Es cierto que, salvo agoreros impercederos, nadie aventura escenarios catastróficos inmediatos; pero es innegable que ante la sucesión vertiginosa de hechos en prácticamente todos los niveles internacionales, la confianza en un orden internacional estable ha disminuido.

Hace tiempo que los hechos rebajaron sensiblemente las expectativas, pero fueron sin duda los acontecimientos ocurridos recientemente los que produjeron mayor impacto, particularmente la llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos, hecho que implicó que en algunos segmentos relativos con las relaciones entre Estados y temas globales el escenario internacional (clásico y “nuevo”, es decir, Estados y “cuestiones nuevas” como la ecología) sufriera rápidas consecuencias de escala, por caso, la relación estratégica atlántico-europea o los esfuerzos frente al reto que implica el cambio climático.

Resulta interesante comprobar cómo la talla de poder de Estados Unidos perturba las relaciones internacionales, tanto cuando la potencia despliega políticas intervencionistas o globalistas, como lo ha venido haciendo desde 1945, como cuando adopta un patrón externo en buena medida reluctante o aislacionista.

Pero volviendo al punto inicial, la causa que en gran parte explica el pesimismo que existe en relación con el curso de la política internacional reside en que todos los niveles del “orden internacional” están simultáneamente atravesados por importantes grados de crisis, situación que implica una notable y peligrosa singularidad.

Comenzando por el nivel clásico, es decir, el de las relaciones entre Estados, los principales “cinturones de fragmentación” del mundo se hallan bajo crisis, esto es, Europa centro-oriental, Oriente Medio/Golfo Pérsico y Asia-Pacífico.

En las tres áreas la tensión entre Estados se encuentra en ascenso e incluso en la zona de crisis casi irreductible, es decir, la de Medio Oriente y Golfo Pérsico, surgen tensiones o “averías” nuevas que se suman a las tradicionales, por caso, entre las petromonarquías del Golfo Pérsico.

Según el balance del Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo (SIPRI, 2016), el gasto militar del mundo en 2016 fue superior al de 2015, siendo los actores preeminentes y potencias medias ubicados en las tres placas geopolíticas los que más invirtieron en el rubro (dejando de lado, claro, la “excepcionalidad estadounidense” en la materia: 612.000 millones de dólares).

Es tal la acumulación militar por parte de los Estados en esas regiones que, como advertía Bismarck, “en cualquier momento los cañones comenzarán a dispararse solos”.

En cuanto al nivel intraestatal o “estodoméstico”, es decir, el que acontece hacia dentro de los Estados, en algunos casos el grado de violencia es abrumador, particularmente en Siria, donde el número de muertos en casi siete años asciende a más de 330.000 y el de desplazados a más de diez millones (según datos del Observatorio Sirio de Derechos Humanos), hecho que redujo la población del convulsionado país a menos de la mitad.

Algunos expertos denominan “nuevas guerras” a las confrontaciones intraestatales (Kaldor, 2003: 79). Si bien es cierto que se trata de “guerras entre la gente” en la que se difuminan los campos de batalla, intervienen múltiples partes y se combate casi indefinidamente, el rasgo novedoso de estas guerras es su descontrol como consecuencia de la ausencia de lo que se denomina “amortiguadores del conflicto”, esto es, la capacidad de regulación de los actores preeminentes sobre esos países.

La crisis de los niveles inter e intratestatal nos lleva al tercer nivel de crisis, la de las organizaciones multilaterales y regímenes internacionales.

La declinación de la ONU hace tiempo dejó de ser una tendencia para convertirse en una de las más firmes realidades del mundo actual. Hace años que las “misiones onusianas” se encuentran con serias dificultades para operar en escenarios de alta belicosidad, logrando, a veces y con mucha voluntad de las partes en conflicto tanto internas como (sobre todo) externas, el establecimiento de precarios “bolsones” o corredores humanitarios.

Es posible considerar que el problema del declive del multilateralismo responde a que la composición de las organizaciones refleja la estructura de poder de un mundo que ya no es; por tanto, su “recuperación” sólo podrá ser posible a partir de la creación de nuevos foros establecidos sobre la base de las actuales sintonías de poder en el mundo.

En este sentido, sin duda que la “gestión” de las cuestiones globales de foros como el G-7 se ve seriamente restringida al carecer de un elenco más integral: ello explica el reciente fracaso de la cumbre del grupo en Taormina.

En otros casos, el intento de regimentar determinadas cuestiones, principalmente la relativa con las armas de exterminio masivo, se ve dificultado no por la falta de “democratización” del segmento, sino por el amparo y capacidad de deferencia estratégica inigualable que para los países implica la posesión del arma. En buena medida, ello explica la nuclearización de Corea del Norte y antes la de Israel, India y Pakistán.

De todos modos, más allá de la necesidad de “reinventar” las organizaciones internacionales, las mismas siempre sufrirán la contundencia de una de las “leyes de hierro” de la política entre Estados en clave realista: la que sentencia que ninguno poder preeminente permitirá que una organización internacional adopte decisiones por ellos. Pero la situación es más dramática cuando, como hoy, no existe régimen internacional alguno ni tampoco perspectivas de acuerdo, pues ello empuja a los poderes a maximizar permanentemente su condición de autoayuda.

El nivel de la integración y de las interdependencias entre Estados también se encuentra perturbado por crisis de escala, y ello en buena medida se debe a la desaparición de los contextos de equilibrio que moderaban los conflictos. En otros términos, como bien destaca el experto Bertrand Badie, (2012) la integración funcionó mientras no había crisis; pero cuando estas brotan, por caso, turbas de inmigrantes, terrorismo, tensión militar, etc., reaparece el nacionalismo como primer y último refugio y se resiente y hasta desaparece la cesión de soberanía de los Estados hacia un nuevo centro u “orden postnacional”.

En este sentido, la “excepción europea” como modelo de transferencia de lealtades hacia una esfera supraestatal puede estar dejando de serlo, hecho que por vez primera rompe el “principio internacional” que sostiene que la interdependencia entre Estados reduce las crisis. Peor aún, como sostiene Mark Leonard (2016), “la interdependencia se volvió causa de conflicto intraeuropeo (en vez de ponerle fin)”.

La crisis en el nivel de los actores no estatales, básicamente nos referimos al terrorismo (sin omitir la importancia de otros “poderes fácticos” que erosionan capacidades a los Estados), impacta tanto en el segmento internacional como nacional. Hasta hace poco se hablaba de terrorismo transnacional, pero dado el carácter fuertemente local del mismo acaso haya que resignificar el concepto, dato que nos proporciona una idea aproximada del vertiginoso cambio que sufre este fenómeno.

En otros términos, el terrorismo de nuevo cuño se ha vuelto a “territorializar”, pero ahora, a diferencia de la “territorialización” que significó desplazamiento global de terroristas para perpetrar atentados en espacios nacionales seguros, como sucedió en Estados Unidos o más vulnerables como en la India, hoy la territorialización del fenómeno implica actos terroristas mayormente de inspiración islamita, ejecutados por sujetos locales o nacionales.

La crisis en este segmento se agudiza por el “carácter funcional” o de reciprocidad que existe entre organizaciones situadas fuera del territorio nacional, por caso, el ISIS, y los terroristas o yihadistas nacionales.

Esto significa que más allá que exista conexión entre el atacante y la organización, el primero encuentra en la segunda la inspiración y referencia para “fugarse hacia adelante” y morir matando; en tanto que la segunda mantiene o aumenta su “reputación”, fortalece la radicalización, si como sostiene Gilles Kepel (2016), se incrementa el seguimiento, control y represión de musulmanes en Europa y, finalmente, obtiene ganancias de poder a pesar de perder terreno y fuerzas en los espacios de combate directo (en Siria e Irak).

En breve, no es una novedad que Estados Unidos y otros actores preeminentes del orden interestatal planteen el “interés nacional ante todo”, se desmarquen de los regímenes u organizaciones intergubernamentales o tensionen las relaciones entre ellos o con otros Estados. Es pertinente recordar que durante la primera década del siglo XXI Estados Unidos desplegó una política exterior que casi acabó por identificar los intereses del sistema internacional con sus propios intereses nacionales.

Lo novedoso y temerario es que simultáneamente todos los niveles de la política internacional de hoy, sin excepción, a los que se deben sumar los “viejos temas de siempre” (escasez de recursos, sobrepoblación, inequidad socioeconómica, etc.), están atravesados por crisis de escala y, en la mayoría de los casos, sin vías de salida.

Esta peligrosa singularidad del mundo actual nos deja frente a un porvenir que necesariamente deberá contar con una elevada y calibrada diplomacia de y entre los Estados. Pero, por el momento, la diplomacia internacional dista de estas condiciones.

Finalmente, debemos decir que hay pocas posibilidades de que el actual y en retirada orden liberal internacional pueda ser relevado por otros u otro actor internacional predominante.

¿"Ad portas" de un orden nuevo?

En julio de 2017, en la ciudad alemana de Hamburgo se realizó el encuentro del Grupo de los 20, que congrega a los principales países industrializados y actores emergentes del globo. Si bien los temas centrales del denominado G-20 son de naturaleza económica-financiera, con los años la agenda se ha ido pluralizando, al punto que en esta ocasión el "issue" que finalmente sobresalió fue la ecología, es decir, el apoyo de 19 países a las políticas de "orden ambiental" y el rechazo de Estados Unidos al mismo.

La convocatoria fue también oportunidad para el primer encuentro entre varios mandatarios, siendo sin duda la reunión Trump-Putin la que más atención y expectativa concentró.

Frente al casi hundimiento del multilateralismo, el G-20 aparece como un superviviente que intenta asirse a mínimos de orden o gobernanza internacional. Considerando que en el foro se dan cita actores que concentran el 80 por ciento de la población mundial, el 80 por ciento de la economía global y el 75 por ciento del comercio del orbe, sin duda el grupo es lo más próximo a un "poder ejecutivo internacional".

Pero ello no implica un gobierno internacional: nada más supone una reunión de hombres con poder (no todos, claro) que podrían lograr acuerdos "moderadores" en diferentes cuestiones, por caso, induciendo a que se establezcan ceses de fuego o treguas en zonas de guerra o incluso en temas "extraños" al grupo, por ejemplo, reducción de armamentos.

Pero nada más, pues las decisiones que se adoptan en el G-20 no son vinculantes. En este sentido, aunque el poder internacional está más "representado" en este grupo, en el que también participan Estados invitados y organizaciones internacionales, los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU concentran poder real,

más allá que hoy este cuerpo no incluye actores que han construido poder, por caso, Japón, India, Alemania, etc.

Pero también “nada más” porque la defensa y promoción del interés nacional y la autoayuda continúan y continuarán siendo realidades de un mundo dividido (y relacionado) entre “unidades políticas, cada una de las cuales reivindica el derecho de hacerse justicia a sí misma y de ser la única dueña de la decisión de combatir o de no hacerlo”, según la precisa definición de Raymond Aron (1963: 27).

Esta realidad resulta inmodificable, y es la que explica por qué las relaciones internacionales son relaciones de poder y de intereses antes que relaciones de derecho y de cooperación. En estos términos, “homologar” el medio internacional al medio interno, es decir, que las unidades o partes tengan un centro o dirección y que las instituciones y el derecho controlen al poder y no a la inversa, es impensable.

En otras palabras y ampliando, “salir del orden de Estados”, esto es, “reducir” los conceptos de soberanía, estatalidad, independencia, autoayuda, etc., para dar lugar a lo que Robert Haass (2017) denomina “Orden Mundial 2.0” en el que los Estados, sobre todo los preeminentes, asumen obligaciones hacia los demás, contando para ello con normativas más estrictas en segmentos clave para la seguridad internacional, por caso, en el de las armas de destrucción masiva, no parece un hecho que pueda alcanzarse. Aunque resulten inadecuados los patrones sobre los que se apoya el viejo “Orden Mundial 1.0”, es decir, el mundo de la denominada “soberanía westfaliana” (el mundo de los Estados, el mundo de las fronteras resguardadas, el mundo de la autoayuda, el mundo de las capacidades militares- estratégicas, etc.), habrá que encontrar estrategias dentro de este mundo.

Sin duda que “nuevas realidades” de alguna manera han “moderado” los conceptos clásicos, por caso, la profusión de las interdependencias, la globalización y las crecientes interconexiones; pero ninguna lo ha hecho al punto de amenazar la soberanía del Estado.

Por el contrario, durante el siglo XXI y particularmente durante los últimos años, el mundo asiste a un fortalecimiento de aquellos conceptos clásicos en las relaciones internacionales: la valoración territorial, el interés nacional, la acumulación militar, el patriotismo, el prestigio, etc.

Consideremos por un momento qué podría implicar, de acuerdo a un “orden mundial superior”, reducir el concepto de autoayuda para

Estados preeminentes o potencias medias en el segmento de las armas nucleares.

Significa que Estados Unidos y Rusia avanzarían hacia un umbral que los deje al borde de la desnuclearización de su amparo nacional. ¿Es dable este escenario? Sabemos que la respuesta es negativa: los dos países han avanzado significativamente en la reducción del arsenal pero nunca quedarían en una “situación anti-estratégica”, es decir, sin activos mayores en materia de autoayuda, deferencia, disuasión y persuasión, “suasión” diría Edward Luttwak (1992: 187).

Asimismo, significa que Israel renunciaría a su armamento con el fin de evitar que otros países de la región se nuclearicen y, en ese estado de paridad estratégica, sus oponentes (Arabia Saudita, Siria, Irán - que no es árabe -) se sientan “reparados” en relación con el sentimiento árabe de humillación que tradicionalmente supuso la superioridad militar israelí. De nuevo, es posible que ello no suceda porque Israel jamás renunciará al último activo que asegura su misma supervivencia.

En otra cuestión, un “orden superior” o un orden bajo otra configuración exigiría que la OTAN y Rusia descompriman el grado de tensión que existe entre el Báltico y el Mar Negro, donde cayó una “cortina de armamentos”, y ambos renuncien a sus fines: la OTAN a la “prevención anti-imperial o revisionista” que le otorga el “derecho de victoria” en la Guerra Fría; Rusia a su preponderancia en su “extranjero inmediato”, particularmente en los países más reluctantes a ella (parte de Ucrania, Georgia, etc.).

Pero es muy posible que ello no ocurra: un replanteo de la OTAN, es decir, su desconcentración en las adyacencias de Rusia, implicaría no solo una sensible re-ganancia de poder para este país, sino la alteración de los “dividendos de la victoria” en la Guerra Fría. En cuanto a Rusia, la renuncia a ejercer influencia y vigilancia en las ex repúblicas soviéticas significaría desistir de una histórica “rutina geopolítica” que equilibró su debilidad territorial, esto es, los frentes de ingreso hacia sus ricas profundidades.

Un orden superior significaría, entre otras cosas, que tanto los Estados poderosos como los que no lo son quedaran sujetos al cumplimiento irrestricto de toda sentencia del Tribunal Penal Internacional, es decir, a acatar decisiones emanadas de dicho tribunal contra una persona de un Estado. Pero sabemos que existe una “justicia internacional selectiva” en este segmento, puesto que difícilmente alguno de los poderes

dominantes del Consejo de Seguridad de la ONU, a cuya instancia actúa el Tribunal, desprotegerá a un dirigente o funcionario “suyo”.

Asimismo, dicho orden debería “pluralizar” el deber de intervención a todos los Estados (invasión por otros, bajo guerra civil, con incompatibilidades nacionales, etc.), sin excepción. Pero posiblemente aquí también existen “intervenciones selectivas” en función del poder del Estado a intervenir, como así de la importancia geopolítica que reviste el mismo. Sabemos que difícilmente se considerará una intervención en un Estado preeminente, por caso, resulta impensable una intervención internacional en China para salvaguardar los derechos del pueblo tibetano; o una intervención en “plazas anti-geopolíticas” del globo, es decir, territorios donde no se encuentran en juego intereses de poderes mayores.

Podríamos continuar con casos donde la soberanía, el poder, los intereses, la independencia, etc., restringen severamente (cuando no directamente paralizan) cualquier posibilidad relativa con ir más allá de dichos conceptos, es decir, dejar atrás el orden clásico y conocido, más allá de que, efectivamente, el “orden mundial liberal” que predominó por más de medio siglo después de la Segunda Guerra Mundial se encuentre desde hace algún tiempo en un proceso de fragmentación, como muy bien advierte Robert Kagan (2017).

Semejante posibilidad supone desconsiderar las diferencias que existen entre “las aspiraciones morales de una nación en lo particular con las leyes morales que gobiernan el universo”. Según el creador de este (quinto) principio del realismo político, Hans Morgenthau,

“Todas las naciones sufren la tentación de cubrir sus aspiraciones particulares con los ropajes de propósitos morales universales. Una cosa es saber que las naciones están sujetas a la ley moral; otra muy distinta pretender saber lo que son el bien y el mal en las relaciones entre las naciones [...] Es exactamente el concepto de interés definido en términos de poder el que nos salva de los excesos morales y la locura política. Porque si miramos a todas las naciones y las comprendemos como entidades políticas que persiguen sus respectivos intereses, definidos en términos de poder, estamos en aptitud de hacerles justicia a todas. Y gozamos de esa capacidad en un doble sentido: en el de juzgar a las demás naciones como juzgamos a la propia; una vez habiéndolo hecho así, en el de proseguir políticas que respeten los intereses de las demás naciones, a la vez que protegemos y promovemos los de la propia” (1986: 24).

En breve, intentar cambiar el orden conocido por lo que deseamos sea un orden internacional será un esfuerzo fútil. Las únicas posibilidades de lograr un nuevo orden es considerando y trabajando las experiencias. Y las únicas experiencias de orden perdurable han sido aquellas basadas en el equilibrio de poder y en el aporte de “bienes públicos globales”, es decir, en un balance real estratégico entre los poderes “que cuentan” y en regímenes o canales que, pese a “la anarquía y los límites de la cooperación”, según la “vieja” advertencia de Joseph Grieco, permitan administrar diferencias entre Estados.

El problema del mundo de hoy es que no existe equilibrio de poder ni consenso entre los actores preeminentes, mientras que algunos de dichos bienes ya son inadecuados, y su proveedor, Estados Unidos, no parece dispuesto a continuar sosteniéndolos y nadie se encuentra en condiciones de relevarlo, incluso China, país que en las próximas décadas podría superar económicamente a aquel, aunque ello no necesariamente significaría relevo en el comando político internacional. Para ello haría falta una condición de “poder blando” que hasta hoy el gigante asiático no ha demostrado poseer: atractivo para que los demás lo sigan o, como sostiene Joseph Nye, “que los demás quieran (no hagan) lo que la potencia dominante quiera”.

Por todas las cuestiones apuntadas, la reunión del G-20 en Hamburgo a mediados de 2017 solo quedará en la historia por los disturbios en la ciudad, el encuentro entre los mandatarios de Rusia y Estados Unidos, el “19-1” y alguna que otra graciosa anécdota. Por lo demás, es decir, alguna idea sobre cómo estructurar un nuevo orden que proporcione un marco de estabilidad internacional duradero, solo crisis, retórica y “punto muerto”.

Conclusiones

La crisis actual internacional tiene componentes pre-1914 y también pos-1919. Es decir, hay acumulación militar en alza, hay nacionalismo, hay alianzas, poderes navales en movimiento, etc.; pero también hay componentes post: no hay pacificador o garante. Peor aún, en algunos segmentos y escenarios el “pacificador” se retira “tirando del mantel”.

En segundo lugar, la geopolítica nos ayuda no solo a explicar la crisis del orden liberal, sino la difícil posibilidad de salir de ella. Nos ayuda, puesto que la relación interés político-territorio está en la base de dicha crisis, por caso, OTAN-Rusia; en cuanto a salir de la crisis implicaría

superar la geopolítica, es decir, abandonar intereses políticos en función de territorios (particularmente “sensibles”), algo difícil de suceder.

Lo que nos dice la geopolítica en relación con la crisis es que en un mundo que demanda nuevas ideas hay actores que se comportan con viejas ideas y, por tanto, se genera inestabilidad.

Básicamente, nos referimos a lo que consideramos una anomalía en las relaciones interestatales: la OTAN y su marcha hacia el este. Podríamos decir que es la gran manifestación política-geopolítica de la crisis del atlantismo: Estados Unidos que nunca dejó de considerar a Rusia como un eventual nuevo reto a su supremacía, y una Europa que nunca salió de su patrón o enfoque anti-geopolítico.

La cuestión es compleja, sobre todo considerando de qué modo se podría configurar un orden nuevo.

Las posibilidades por ahora de un orden de nuevo cuño parecen difíciles, sobre todo porque no aparecen candidatos, o, para decirlo de otro modo, el candidato, China, no está dispuesto a ser el “garante”; por otro lado, no basta con ser un gran jugador comercio-económica para ello: es necesario crear “órdenes” en los diferentes segmentos y, acaso lo más complejo, que los demás “quieran seguir” dichos órdenes.

Referencias bibliográficas

- Aron, Raymond, *Paz y guerra entre las naciones*, Madrid, Revista de Occidente, 1963.
- Badie, Bertrand. “Fracasó la globalización de derecha; la izquierda tendrá que inventar otra”, en *Clarín.com*. 15 de julio de 2012. Disponible en: https://www.clarin.com/zona/Fracaso-globalizacion-derecha-izquierda-inventar_0_SyaLw1G3w7g.html
- Bull, Hedley, *La sociedad anárquica. Un estudio sobre el orden en la política mundial*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.
- Díaz Matey, Gustavo, *Los servicios de inteligencia en el siglo XXI*, Madrid, Chavín, Servicios Gráficos y Editorialistas, S.L., 2011.
- Hammersen, Frederick “The Disquieting Voice of Russian Resentment”, en *Parameters*, Summer, 1998, US Army War College Quarterly, pp. 39-55.

- Haass, Richard, *A World in Disarray. American Foreign Policy and the Crisis of the Old Order*, Londres, Penguin Group, 2017.
- Kagan, Robert, “The Twilight of the Liberal World Order”, en Brookings Big Ideas for America, January 24, 2017. Disponible en: <https://www.brookings.edu/research/the-twilight-of-the-liberal-world-order/>
- Kaldor, Mary, *Guerra y paz en el siglo XXI. Una perspectiva europea*, Barcelona, Tusquets, 2003.
- Karaganov, Sergei, *La inacabada Guerra Fría*, Praga, Project Syndicate, 2009.
- Kepel, Giles, *El terror entre nosotros. Una historia de la yihad en Francia*, Barcelona, Península, 2016.
- Leonard, Mark, “Boris Johnson y la contrarrevolución” en *El País*, España, 11 de agosto de 2016.
- Luttwak, Edward, *La lógica de Guerra y paz*, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales, 1992.
- Mearsheimer, John, “Why the Ukraine Crisis is the West’s Fault”, *Foreign Affairs*, September/October, Volume 93, 2014, pp. 77-89.
- Morgenthau, Hans, *Política entre naciones. La lucha por el poder y la paz*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1986.
- Nye, Joseph, “El orden liberal, ¿sobrevivirá?”, *Archivos del Presente*, Buenos Aires, Número 66, 2017.
- Schofield, Carey, “Russian Betrayed Over Expansion of NATO”, *Electronic Telegraph* (UK), May, 1997, pp. 22-23.
- “Yearbook”. SIPRI, 2016, Estocolmo. Disponible en: https://www.sipri.org/sites/default/files/SIPRIYB16-Summary_ESP.pdf